



CAPÍTULO XV.

LOS PRIMEROS NUBLADOS.

POR varios días continuaron las confidencias de Lola, hasta poner al tanto á Zubieta de todos los antecedentes de su familia.

D. Manuel por su parte había introducido en su sistema de vida estas dos novedades.

En primer lugar, no salía ya de noche.

Y en segundo lugar, hablaba menos y observaba más.

Empezaba á fijarse en una porción de co-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, N.M.

sas insignificantes: un día le pareció que no había motivo para que Lola tuviese puesto un vestido color de rosa.

—Me parece, le dijo á su mujer inopinadamente, que ese vestido es de cierto lujo, y que sería mejor que lo reservaras para.... en fin, para la casa bien podrías llevar otro mas sencillo.

—Me he puesto este vestido hoy porque sé que te gusta.

—Sí, es muy bonito.

—Pero si quieres que lo use sólo para salir, lo guardaré.

El día pasó sin más incidentes.

En la tarde del día siguiente aquel detalle fué el asunto de la conversación entre Lola y Zubieta.

—Eso me parece, cuando menos, una extravagancia, por que yo no veo nada de particular en eso, dijo Zubieta.

—Ya se vé, contestó Lola, y para que vea usted que en efecto eso no pasó de una extravagancia, le diré que yo por supuesto me quité el vestido color de rosa, pero me

puse este azul, que aunque es de menos vista, pero indudablemente es mejor que el otro.

—Y naturalmente que don Manuel quedaría muy satisfecho con el cambio.

—Ya se vé, en la noche me dió las gracias.

—Y, vea usted lo que son las cosas, agregó Zubieta, lo que es á mí, me gusta más el vestido azul que el color de rosa.

—Y á mí también; ya sabe usted que me gusta mucho lo azul, es mi color favorito.

—Y el mío.

—Que lo diga cierta corbata.

—Y este chaleco.

—¿Es azul?

—Azul.

—Verdaderamente, no he visto cosa mas ridícula que un marido celoso.

—Efectivamente: es insoportable.

—La conducta de Manuel, agregó Lola, se va haciendo tan inconveniente, que estoy segura de que va á dar un mal resultado.

—Yo mucho me lo temo.

—Ya usted lo ve, ya no sale de noche.

—¿Y lo hará intencionalmente?

—Sí: ya este punto lo tengo bien averiguado, por que sus compañeros de tresillo han enviado algunos recados, temerosos de que algún negocio grave le haya obligado á abandonar su antigua costumbre.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha mandado decir que tiene una ocupación por las noches; pero yo, que le observo, sé perfectamente que eso de la ocupación es una falsedad.

—Y él ¿no se disculpa? porque en fin, á usted tiene que darle alguna explicación.

—Me ha dicho que ha pensado abandonar el tresillo por que ha perdido mucho el año pasado, y que le parece conveniente hacer economías, por que sus negocios están mal.

—¿Mal? interrumpió Zubieta, haciendo un gesto de estrañeza.

—Yo sé que tampoco eso es exacto.

—Yo mismo he procurado quitarle de la cabeza que tome ese dinero que le ofrecen,

por que á la larga esto es muy oneroso, y sobre todo según el estado de sus negocios, que sé yo perfectamente, no es necesaria esa nueva complicación.

—Ya se ve, por mi parte comprendo que Manuel quiere hacerme creer que sus negocios de comercio son los que lo tienen preocupado, cuando todo ello no es más que celos; celos de que él mismo se avergüenza.

—Todas las injusticias, criatura, todas las injusticias pesan sobre la conciencia, y no pueden consumarse sino por medio de un esfuerzo sobrenatural.

—Eso es lo que yo he creído siempre; y por más que Manuel disimule, yo le conozco que está ocultando un malestar continuo que, como he dicho á usted, me ofende en alto grado.

—Con razón, murmuró Zubieta que no desperdiciaba ocasión de apoyar á Lola en este particular.

Si hemos de juzgar imparcialmente á Zubieta, debemos asegurar que hasta aquel momento, su mas firme resolución consistía

en no enamorar á Lola. Se había tomado la cuestión por el lado de la injusticia y del amor propio.

¿Quién no se cree justo, y quién deja de tener amor propio?

De manera que cuando se trataba de probar que don Manuel era injusto, Lola y Zubieta, identificados en el gran principio de la justicia, eran hasta elocuentes al afejar aquella conducta.

Se sentían fuertes, y lo que es más, unidos, con la convicción de tener la justicia de su parte, ¿qué cosa mas loable ni mas sustancialmente moral que declamar contra la injusticia, que ser apóstol de un principio tan santo y tan incontrovertible como la justicia?

Por otra parte, reprobado la ingratitud es un acto digno, es una prueba de buen sentido y hasta de buen corazón.

De manera que, cuando Lola y Zubieta se unían para reprobado la ingratitud de don Manuel, se sentían fuertes con la conciencia de su causa y en su perfecto derecho

para hablar á nombre de esa virtud tan apreciable: la gratitud.

Cuando Lola y Zubieta se ocupaban de la cuestión de celos en general, tambien estaban en su perfecto derecho para moralizar sobre este punto: ¿qué pasión mas ruin, mas terrible, mas funesta que los celos?

Zubieta empleaba toda su elocuencia, para retratar con los mas vivos colores al hombre celoso, no olvidándose de recargar ciertos toques, como por ejemplo aquéllos en que se pudiera establecer una comparación exacta con don Manuel.

Y de una en otra comparación, resultaba necesariamente esta consecuencia: don Manuel se estaba haciendo odioso por medio de sus celos; bien es que la pintura que de don Manuel resultaba en cada conferencia iba recargada de colorido, y precisamente en el fondo de esta exageración era en donde estaban la gravedad y el peligro, supuesto que tanto Zubieta como Lola revelaban cierto deseo, mal oculto, de encontrar reprochable la conducta de don Manuel.

Por lo general, en cada una de estas sesiones íntimas se cambiaban mútuas protestas de virtud, que no había más que pedir y no era extraño oír exclamar á Zubieta en lo mas acalorado del discurso:

—Todo esto, criatura, no quiere decir que la indisponga á usted con su marido, ni que procure llevarla por mal camino, no, Dios me libre; en todo caso yo no soy más que el amigo de confianza, que tiene, eso sí, el mas vivo interés por todo lo que á usted le incumbe.

—Por de contado, contestaba Lola; y yo por mi parte, si me quejo con usted, es porque veo el interés que usted toma por mis asuntos, y sobre todo porque conozco la lealtad de usted y su caballerosidad excesiva, pues de otro modo yo me cuidaría muy bien de tener con usted ciertas confianzas.

—Naturalmente, agregaba Zubieta, la sinceridad de nuestras intenciones se conoce á legua, y como sé que Vd. me aprecia....

—Ya se vé que sí, repetía Lola con cier-

ta ingenuidad, si no lo apreciara á usted no le daría ciertas pruebas de confianza.

—Pruebas, que, á mi vez, sé agradecer debidamente.

Todavía después de estas protestas, Zubieta más de una vez se propuso ser un modelo de hombría de bien, no atentando un solo momento contra el honor de don Manuel; y Lola por su parte también cerraba el hilo de su discurso generalmente con este monólogo, después de haber contemplado con cierta reservá á su marido.

—¡Anda! decía para sí, por más que me hagas, no he de ser yo como las demás mujeres, no he de dar que decir, he de tener el gusto de avergonzarte, poniendo de manifiesto tu injusticia y mi prudencia, tu mal corazón y mi bondad.

—¡Anda Melito! yo te enseñaré á encelarte de tu mujercita, tan buena, que ni con un cirio pascual vuelves á encontrarla, ¡anda ingratote! yo te haré ver que yo soy una mujer digna, que sabe cuidar mejor que tú tu nombre de marido.

Como el silencio, que por lo general reinaba en la mayor parte del tiempo en que Lola y su marido estaban juntos, era la significación de que cada consorte, aunque en paz ostensible, tenía la música por dentro, don Manuel solía decir para sí.

—¡Anda taimadita! sabe Dios cuántas horas te habrás estado mano á mano con ese pulcro de Zubieta; ya me habrán comido vivo entre los dos. ¿Y para esto se casa uno, señor, para tener después una especie de fiera á quien auxiliar? porque es una fiera á quien uno ha entregado voluntariamente algo más que su bolsillo: su honra.

Por de contado, que este silencio, á medida que más se prolongaba, se hacía mas embarazoso, al grado que don Manuel, no pudiendo tolerar cierta noche, lluviosa por más señas, reventó de esta manera.

—¿Por qué estás tan callada?

—Como tú tampoco hablas.....

—Es que yo he hablado ya.

—Yo también.

Este fué sólo el primer trueno: reinó por

segunda vez el silencio, y al cabo de un rato preguntó don Manuel.

—¿Vino Zubieta?

—Sí: contestó impasible Lola.

—¿A qué horas?

—A las cuatro.

—¿Y se fué?

—A las cinco.

Se había ido á las seis y media.

—¿Una hora?

—Una hora.

—¿Y de qué hablaron?

—Del tiempo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Nada más del tiempo?

—Y de otras simplezas

—¿Sí, eh?

—Sí, del teatro, de las castañas, de las criadas.

—¿Nada más?

—¿Cómo quieres que me acuerde de todo lo que hablamos?

—Podían haber hablado de algo importante.

—Pues crearás que nó?

—Yo.... yo sí creo en eso, dijo don Manuel recalcando las palabras, pero....

—¿Pero? pero qué?

—Qué quieres, la sociedad tiene sus exigencias y sus caprichos.

Después de una pausa, Lola dejó escapar este monosílabo, quitándole todo el carácter de afirmación.

—Sí.

—Porque.... vamos á ver, dijo don Manuel, con ese ademán tan peculiar del que aborda una cuestión embarazosa. Yo.... yo no soy exigente, ya me conoces, jamás te molesto, ni me meto á averiguar lo que haces.

Lola estaba viendo venir el chubasco y se esforzaba para manifestar extrañeza, frunciendo las cejas y estudiando de antemano una exclamación que diera á entender que se iba de espaldas como ante una acusación injusta.

D. Manuel continuó:

—Por mi parte comprendo cuán ridículo

es un hombre exigente, y aunque no soy liberal de esos inmorales, odio la tiranía, eso sí, porque á mí no me des tiranos; pero.... como había dicho al principio, la sociedad tiene sus exigencias.

Esperó en vano don Manuel á que Lola hiciera alguna pregunta.

Lola permaneció callada.

D. Manuel continuó:

—Siempre he creído que esto de la felicidad conyugal es una cosa muy árdua, es un verdadero albur, y muchas veces una falta de previsión, una ligereza ó cualquier circunstancia, insignificante al parecer, determina.... determina qué sé yo cuantas cosas ¿y todo porqué? por no reflexionar á tiempo, por no hablar, por no entenderse, como es muy natural, entre marido y mujer.

--Volvió á callarse don Manuel, pareciéndole que ya había dicho lo suficiente para hacerse entender de Lola, pero ésta permanecía callada.

—¿No me contestas? preguntó D. Manuel.

—Qué he de contestarte, cuando no sé

á dónde van á parar todas esas reflexiones, que por otra parte me parecen perfectamente sabias.

—¿Te burlas?

—No.

—¿Entonces?

—Es que, como nunca te había visto así, hecho un predicador.

—No es un sermón lo que he dicho, es simplemente una opinión.

—¿Apropósito de qué? preguntó Lola con cierta impaciencia.

—Apropósito de tí.

—¿De mí?

—Sí.

—Acaso creerás que he dado lugar á que me hagas esas reflexiones?

—Sí.

—¡Ola! ¡ola! ¿con que celitos tenemos? ya me lo había yo sospechado: le faltaba á usted esa gracia que tanto me divierte. No, y en cuanto á eso, le advierto á usted señor don Manuel, que no tolero celitos, que yo sé lo que esa funesta pasión tiene de trans-

cidental y de terrible, y estoy decidida á que entre nosotros no haya de eso, ¿lo entiende usted señor marido? Vamos á ver esos celos, vamos á ver ese parto de los montes; sólo que le advierto á usted, amiguito, que tenga mucho cuidado y que al acusarme, si es que á tanto se atreve, medite mucho sus palabras, y sobre todo me dé la prueba al canto; porque ya le he dicho á usted, que no tolero celos necios y por que en esta materia estoy resuelta á todo, menos á tener la vida de la pobre de mamá, ¡alma mía de ella! que sufrió tanto, sin mas que ese motivo. Conque vaya usted diciendo, y tenga presente una vez por todas, que ésta será la primera y la última conferencia que tengamos sobre el particular.

—¡Ola! ¡ola! te veo muy resuelta y como desafiándome á que...

—Sí, tienes razón, desafiándote á que estén fundados en razón los motivos que te hayan impulsado á hablarme por la primera vez de una materia que, como sabes bien, me fastidia soberanamente. Sí, te desafío á

que sea fundado tu temor ó lo que sea: yo te he visto serio estos días, y me ha pasado por las mientes atribuirlo á celos necios: y verdaderamente deseaba el momento de venir á una explicación, porque ya sabes que soy enemiga de malos modos, con que desembucha cuanto antes, porque tengo mucha curiosidad de ver la pata de gallo con que vas á salir.

—¿Pata de gallo? preguntó don Manuel, no tan pata de gallo como te figuras.

—¡Ah... que es una cosa grave, es una acusación en forma, es... ¿qué cosa es? si tiene usted la bondad de decirme, exclamó Lola apretando los dientes.

—No te violentes; ante todas cosas, para tratar de ciertos asuntos, se necesita calma y serenidad, y las violencias nunca conducen á la razón.

—¿Calma, quieres que tenga calma, cuando la tuya y tu parsimonia es precisamente la que me violenta?

—Pues bien, con calma, ó sin ella, escucha.

—Eso es, al grano, al grano, y dejémosnos de preámbulos, le escucho á usted.

Lola se dejó caer en el respaldo del sillón en que estaba sentada y... no nos atrevemos á pensar que esto fuera intencionalmente, pero sucedió una cosa. Lola usaba crinolina un poco ancha, como se usaban antes: los brazos del sillón eran dos brazos casi humanos que estrechaban los repetidos círculos de acero del armazón, obligándolos á formar la elipse, el asiento del sillón era el polo opuesto de esa elipse y la curva saliente ofrecía seguro y alto apoyo á la falda, que no por exuberante bajaba hasta tocar la alfombra.

Este conjunto de circunstancias determinó un cuadro de bajo relieve entre el suelo y la orla del vestido.

Lola era el aseo personificado.

Había más, se calzaba divinamente.

Todavía más, tenía muy lindos piés.

Don Manuel estaba frente á Lola en el otro sillón.

Los piés de Lola aparecían destacándose

en una semioscuridad, compuesta de encajes, tejidos y pliegues como si un pintor oculto hubiese dispuesto aquel espectáculo para dar una sorpresa artística.

Todo ello no había sido más que el resultado de un movimiento casual.

Pero á pesar de esto, esa casualidad fué á influir directamente en el hilo del discurso de don Manuel.

Á su pesar vió.

Á su pesar se distrajo.

Á su pesar se mortificó de distraerse.

Á su pesar cuando habló, su voz era mas dulce, y comenzó de esta manera.

—Mira, Lolita, me vas á prometer no violentarte, escúchame.

—Escucho, repitió Lola con afectada gravedad.

—No te negaré que he tenido algunos días cierto malestar que no me ha sido posible disimular.

—Ya lo he visto.

—Pues todo ello no es más que ciertas hablillas que han llegado á mis oídos.

—¿Habilllas? y por hablillas....

—Permíteme todavía un momento de atención.

—Te lo permito.

—Pues.... alguna persona se ha permitido censurar la frecuencia de las visitas de Zubieta.

—¿Sí?

—Nada menos que eso.

—¿Y eso es todo?

—Ya podrás suponerte que la interpretación que se da á las visitas de Zubieta, no es nada favorable.

—Ya lo supongo.

—¿No es verdad?

—Y porque esa interpretación es desfavorable, tú te formalizas conmigo, lo cual equivale á suponer que yo traigo á Zubieta, ¿no es cierto?

—No, yo no supongo eso, ya te he dicho que tengo en tí una confianza sin límites.

—Ya se conoce, cuando apenas hablamos y pones una cara que parece que te has arruinado.

—Bien, pero convendrás en que esto es muy desagradable.

—No, no convengo en ello, porque antes que todo, es muy sencillo el remedio.

—¿Cuál es?

—Que llames á Zubieta y se lo digas.

—Yo decirle á Zubieta? ¡qué barbaridad!

—¿No?

—No.

—Entonces confórmate con las hablillas, y ponte risueño y amable conmigo.

Don Manuel se tardó algo en contestar.

—No, ni uno ni otro.

—Ah! entonces pretenderás que yo se lo diga.

—Por qué no?

—Por qué no? por esto: porque Zubieta me tendría por una mujer vanidosa, que cuando menos, ponía la ocasión para que la galantease, ó para que me despreciara, y yo no estoy dispuesta á soportar ni lo uno ni lo otro. Zubieta no es amistad mía sino tuya, tú lo trajiste, tú me lo recomendaste, tú eres el primero en preguntarle

con interés sincero, por qué deja de venir cuando tal hace, y no hace mucho me has obligado á mandarlo llamar á tu nombre para no sé qué asuntos que tenías con él; y ya que se trata de Zubieta, te diré que has sido un imprudente en hacerle conocer tu malestar de estos días; porque con eso no has hecho más que ponerte en ridículo; ya sabes que Zubieta es hombre muy perspicaz, y de seguro ha comprendido tu mudanza sin que él por su parte haya dado el menor motivo para ello.

Ahora bien, sino son las hablillas, sinó tú, de quién se trata, si ha llegado la vez en que te fastidies de Zubieta y te disgustan sus visitas, llévatelo en buena hora, que bien poca falta me hace; pero á mi vez debo advertirte, que ofendida como lo estoy por tu sospecha injusta, te satisfago porque es un deber mío de esposa hacerlo así; pero que ni toleraré más celos necios, y ¡cuidadito con picarme la cresta, señor marido! pues si usted no sabe conducirse para conciliar la paz doméstica, yo tampoco tengo

vocación de santa para sufrir con paciencia impertinencias á que no doy lugar: en resumen, no quiero volver á hablar de Zubieta; si te disgusta que venga, despídelo, y si, como lo creo yo, crees tú que esto sería ridículo por tu parte, cállate y estudia tu conducta para no volverme á ofender gratuitamente: He dicho.

Y diciendo esto, Lola se paró de un salto, abrió la vidriera y, alegre como una colegiala, atravesó todas las piezas de la casa cantando una danza habanera.



CAPÍTULO XVI.

ENTRE MARIDO Y MUJER.

NO volvieron Lola y su marido á ocuparse por entonces de la cuestión de los celos; pero tampoco quedó nada resuelto.

Zubieta siguió siendo un reloj en materia de exactitud, y don Manuel por su parte, estaba cada día mas intranquilo.

Al fin, y como era de esperarse, emprendió el matrimonio la segunda conferencia con respecto á los celos.